

Ideas políticas de Bernardo O'Higgins

FERNANDO DURAN V.

I

Un fuerte signo de soledad y de incompreensión, rodeado de repetidos infortunios, marca la vida de Berdardo O'Higgins. Toda su existencia es una continua y obstinada lucha contra la adversidad, a la que se enfrenta con una tenacidad rayana en lo heroico. Como señala Encina con innegable exactitud, el fracaso de O'Higgins, mirado desde el punto de vista de algunas fallas de su gobierno y de su exilio, el Libertador carecía de atractivo personal, era naturalmente huraño y esquivo y alternaba ese distanciamiento de los demás con una entrega ingenua, de confianza casi pueril, a personas que distaban mucho de merecerla. Esto quedó ampliamente demostrado en la importancia que dio a Rodríguez Aldea, el hombre menos indicado para servirle de consejero y para ganarle terreno en la opinión pública.

La soledad y el aislamiento de O'Higgins tienen una explicación psicológica que surge a primera vista. Hijo ilegítimo del Gobernador y representante del Rey de España, don Ambrosio O'Higgins, y de una adolescente engañada por el prestigio y los halagos de una figura de tan destacado relieve político, llevó siempre dentro de sí la amargura de su origen.

Lo sorprendente de esta situación radica en que O'Higgins, en vez de envenenarse por su infortunada procedencia, no la

convierte en odio a la sociedad y a los demás, sino que se repliega en su interior para buscar en su propia fortaleza la energía que le permita buscar su futuro e incierto destino. Más tarde, esa pasión de realizarse a sí mismo en alguna causa noble y grande, hará que Chile se convierta en su obsesión y que le dedique todo el amor frustrado que lleva en un repliegue de su corazón.

Por voluntad y disposición de su padre pasa, ya adolescente, a educarse en Inglaterra y allí conoce otra soledad: la del país extraño, de la ausencia de la madre y, por si ello no fuera suficiente, la de la pobreza. Sin embargo, en esa vida tan triste surge una luz repentina, que se enciende como para darle a conocer que la felicidad también es posible. Es el conocido episodio de sus días en Richmond y de su paso por la Academia y su hospedaje en la casa de Mr. Eeles. Carlota, la hija de Eeles, se siente atraída por el muchacho melancólico y olvidado, que nunca recibe cartas, cuya familia es una especie de leyenda, y que estudia con esa constancia y esa tenacidad que serán su perpetua característica. Pasean algunas veces junto a las serenas lagunas de Richmond y conversan de todo y de nada, como es habitual en estos tímidos romances adolescentes.

Pero los encargados de suministrar recursos a O'Higgins, a pesar de su corrección británica, no son demasiado escrupulosos. Don Ambrosio envía remesas a través de su amigo español, don Nicolás de la Cruz, quien las hace llegar a los relojeros Spencer y Perkins, entre cuyos ávidos dedos se quedan no pocos de esos dineros. Pronto pasará a España y de allí vendrá a Chile, sin que su situación se alivie fundamentalmente hasta la muerte de su padre que, habiéndolo al fin reconocido, le deja una base de recursos que hacen de Bernardo un hombre de fortuna.

Todo esto es externo, circunstancial. O'Higgins ha visto mudarse y modificarse la atmósfera material en que se desenvolvía, pero el retraimiento, la timidez, el recelo ante los demás subsiste. Nunca sabe si agrada o desagrada y las más de las veces se ha visto tan maltratado, desde el abandono del padre, la indiferencia de De la Cruz, la avaricia fraudulenta de Spencer y Perkins, hasta la falta de camaradas que coincidan con él, que su actitud instintiva es el repliegue ante sus semejantes.

Nada más ajeno, por lo tanto, a la psicología de un futuro gobernante, de un estadista venidero, a quien le corresponderá asumir la dirección de un país y tomarlo en sus manos —glorificadas por las victorias militares— en medio de la convulsión de una independencia que crea el automático desacuerdo del país al día siguiente de su liberación. Ya no se tratará sólo de construirlo conforme al modelo que tantas veces ideara en sus conversaciones con Francisco de Miranda, en los días londinenses, o con el canónigo Cortés de Madariaga, en las tardes gaditanas, sino de dirigir a hombres de sentimientos y propósitos encontrados, que sólo han coincidido en la expulsión del dominador español.

II

La idea fundamental de O'Higgins, que le vale el castigo de don Ambrosio, despojado de su virreinato del Perú por causa del hijo conspirador, es la independencia de su patria.

Ahora bien, una independencia significa una lucha armada inmediata, urgente, para expulsar al extranjero, a la que debe seguir la instalación y organización de un gobierno, con cabezas que presidan, instituciones consultivas para discutir las medidas y una nación que acompañe estos propósitos. Chile sacude la dominación española, pero, como en muchas revoluciones, no tiene programa ni plan para el día siguiente.

En Europa dominan las monarquías, que apenas han visto estallar la Revolución Francesa han empezado a mirar con recelo la posibilidad de que el contagio traspase las fronteras. Por eso, si bien alientan a los hispano-americanos que pretenden emanciparse de España, lo hacen fundamentalmente porque quieren dar a ésta su golpe de gracia, máxime cuando Napoleón haya entrado en Madrid y establecido un gobierno a cuya cabeza ha colocado a su hermano José.

Miranda ha dejado una profunda huella en O'Higgins, por su profunda cultura, su cautivante expresión y su refinada astucia. El "ideólogo" ha estado en Francia, porque en España le es imposible seguir viviendo, y ha podido pasar al país galo atraído por la Revolución que allí ha estallado en 1789. Ya en 1792 Miranda se halla en París, donde ha trabado amistad con Petion, Roland, Brissot y Dumoriez, entre otros. El entusiasmo lo contagia: está en presencia de la libertad, de la

abolición del absolutismo, y sus ideas rousseaunianas y enciclopedistas hallan allí la atmósfera que anhela.

Pero Miranda no contaba con el Terror y, como todos los demócratas teóricos —máxime si están impregnados de la idea de la bondad ingénita y natural del hombre—, confiaba en que el pueblo que se había sacudido de la monarquía sabría conducirse con rectitud, prudencia y esa magnanimidad que “El Contrato social” consideraba inherente a la condición humana no corrompida por la sociedad. Incluso Miranda cometió la imprudencia de ligarse tanto a los girondinos que atacó a Robespierre, lo que dio con él en la cárcel y le granjeó el odio de éste que, como sabemos, era implacable.

Con tal bagaje ideológico, mezclado con una profunda fe católica, de que dió permanente testimonio, O’Higgins llegó a Chile a luchar por su liberación. Sus heroicos esfuerzos, los sacrificios pecuniarios que hizo para contribuir al financiamiento de la reivindicación emancipadora son tan conocidos, que no es éste el momento de insistir en ellos. Su coraje, su valentía, su tenacidad invencible, lo mantuvieron en el frente de batalla, en la organización con San Martín del Ejército Libertador y en el cuidado de todos los detalles que permitieran crear la Patria Nueva, ya que los días de la Vieja habían pasado como un aerolito.

Por lo mismo, tan pronto consumada la liberación, tras las jornadas admirables de Chacabuco y Maipú, llega el instante de dar a Chile un jefe superior, un gobernante. O’Higgins —como todos saben— propicia que éste sea San Martín, a cuyo esfuerzo se debe en parte considerable la consolidación de la victoria. Pero el noble y prudente argentino comprende que no es eso lo que Chile quiere y anhela y, en un gesto que lo honra, rechaza este ofrecimiento y señala que quien debe regirnos es O’Higgins.

He aquí, pues, al guerrero, al melancólico estudiante londinense, al solitario interior por excelencia, puesto al frente de un país que aún carece de forma estructural propia, que va a darse gobierno autónomo por primera vez. Las corrientes que lo componen son muchas. Desde luego, hay la nobleza de tradición y títulos españoles, la masa media de funcionarios, artesanos y comerciantes, el campesino que vive en sus tierras casi sin caminos y escaso de educación y progresos.

Todos —o casi todos, porque no faltaron los que querían mantenerse unidos a España, liberada a su vez de Napoleón— aspiraban a la emancipación, pero la recibían como un obsequio del que no sabían hacer uso. Había que ordenar una economía deteriorada por el esfuerzo de financiar y ganar una guerra, que perdía el apoyo español y que, si podía aspirar a un comercio libre con el resto de las naciones del mundo, carecía de producción y de organización para ello. Por último, era preciso imprimir en las mentes una noción más o menos precisa de la empresa en que todos iban a comprometerse y trazar los rasgos ideales de la nación cuyos preludios estaban dándose.

III

La proclama que da a conocer O'Higgins tan pronto acepta y asume el mando, contiene el esquema general de su ideario político. "Instruíos —dice a sus compatriotas— de los antecedentes que vosotros mismos habéis formado para esta elección y os uniréis a mis sentimientos. Los de la unidad y concordia que deben inflamar el mérito de los chilenos. Un olvido eterno de esas mezquinas personalidades que por sí solas son bastantes a hacer la ruina de los pueblos. *Yo exijo de vosotros aquella confianza recíproca, sin la cual el gobierno es la impotencia de la autoridad o se ve forzada a degenerar en despotismo.* No perder los laureles adquiridos con tanto sacrificio. Resolverse a no existir antes que dejarse oprimir otra vez del bárbaro español. Que perezca el último ciudadano en la defensa del precioso suelo que vio la primera luz y un reconocimiento eterno a sus libertadores. *Un amor a la patria que sea el distintivo de toda América.* Un celo activo por la justicia y el honor. Un odio irremisible a los maquinadores de nuestra esclavitud".

Pueden delinearse ya, en estas primeras palabras, dos ideas políticas que se desenvolverán paulatinamente a través de los cinco años de gobierno de O'Higgins y que, en cierto modo, como lo han visto bien algunos historiadores como don Miguel Luis Amunátegui, se anticipan en muchos aspectos al esquema de gobierno —autoritario y democrático— que inspirará más tarde a Portales.

La convicción de O'Higgins, muy anterior a la de Portales y manifestada —lo que es sintomático— cuando está

reciente la declaración de la Independencia, está ya plasmada en la carta que en 1811 dirige a su amigo cordial, el general Juan Mackenna. No se sabe qué organización política dar al país y se discuten los posibles esquemas constitucionales, ya que a todos parece fundamental —y lo es— que el recién nacido Estado tenga una institucionalidad a la cual ceñirse.

En esa carta, O'Higgins manifiesta sus dudas sobre la actuación del futuro Congreso constituyente en que se ha pensado, por la inmadurez de la opinión pública —si tal podía llamarse el pensamiento de un pequeño grupo de mayor cultura, náufrago en medio de una nación que hasta entonces había sido regida por España—. “Poco antes de marcharse a Santiago, para tomar su puesto en la Junta —dice O'Higgins a Mackenna— tuvimos una larga conferencia reservada sobre las medidas que era preciso adoptar para asegurar la marcha de la revolución y promover la felicidad del país; con tal motivo insistí fuertemente en dos objetos que eran de vital interés para sacudir la inercia del reino y lanzar a sus habitantes en la senda revolucionaria”. O sea, acaba de declararse la independencia, no se sabe cuál será la reacción española y menos puede pensar O'Higgins en que los acontecimientos le reservan el cargo de Director Supremo. Por lo tanto, su pensamiento tiene toda la natividad de una concepción propia, de una visión anticipada de hechos cuya evolución se desconoce. Continúa, en consecuencia: “Estos objetos (las dos preocupaciones de O'Higgins) son la convocatoria de un Congreso y la libertad de comercio”. Pero sobre el primer punto tiene sus reservas, que las circunstancias corroborarán en breve plazo. “Según mi propia convicción, me parece indudable que el primer Congreso de Chile va a dar muestras de la más pueril ignorancia y a hacerse reo de toda clase de insensateces. Tales consecuencias son inevitables en nuestra actual condición, careciendo, como carecemos, de toda clase de conocimientos y experiencias . . .”

Desconfía, en el fondo, como le sucederá a Portales, de los sistemas doctrinarios vueltos de espaldas a la realidad. Lo esencial, como dirá también el Ministro de Prieto, no son las estructuras legales, sino los hombres rectos, estrictos y honrados, que actúan en bien de la comunidad. De allí que en otra carta, en 1820, dirigiéndose a su amigo Miguel Zañartu, ratifica esa desconfianza en los regímenes, o sea, en la creencia de que

un conjunto de disposiciones legales tiene la virtud de hacer buenos a los malos y de provocar una conversión milagrosa de la ciudadanía. Está en la mente de un grupo, no sólo chileno, sino iberoamericano, la idea de que el federalismo constituye el sistema por excelencia, el remedio para todas las enfermedades, la panacea política universal. Nuestro José Miguel Infante se convertirá en el fervoroso difusor de la idea, llegando hasta el disparate de adjudicarle una virtud mágica que haría de Chile, el día en que lo adoptara, un émulo de Estados Unidos. El texto de la carta de Zañartu es de una precisión que se impone por sí sola, pues ante la división federalista en marcha en otros países, la disolución y la amenaza de perder la independencia tan difícilmente lograda, le parecen una locura. “El teatro que presenta la otra banda —le dice— es el más espantoso que ha conocido la América en toda su revolución. Los ejércitos se van a concluir y a diseminar en los momentos en que más se necesitaban. Diez mil hombres al mando de Ramírez, se me asegura, deben al recibo de ésta hallarse marchando para Tucumán. Incluyo en este número el cuerpo de reserva de La Paz, las guarniciones de Oruro, Cochabamba, Chuquisaca, etc. Piensan los enemigos aprovechar los momentos en que ha triunfado la anarquía y sacar ventaja del desorden. ¿Es posible se hayan vuelto locos estos hombres? *Tengan entendido que si ese fantasma federal (impracticable en todos los tiempos y mucho más en el estado presente), no desaparece luego, restableciendo inmediatamente la unidad del gobierno, fijará el tirano español su cetro en esas provincias dislocadas e inundadas por la barbarie más desenfrenada*”. Y no es sólo la posibilidad o la inmediatez de un federalismo que desune a los iberoamericanos ante la urgencia de eliminar hasta el último vástago de dominación española, sino la doctrina política. Un país no puede tener unidad nacional en sus empresas y propósitos si carece de autoridad unitaria y si ésta no es reconocida y acatada por todos.

IV

Pero quien así piensa de la urgencia trascendente de un régimen autoritario único, es también un convencido de la importancia del orden político. Los errores que cometió, y que lo alejaron poco a poco de la adhesión de la opinión pública

—predominio de Rodríguez Aldea, falta de habilidad y de astucia para suavizar la rivalidad con los Carrera, responsabilidad indirecta en ignorar o no mantener vigilancia adecuada para impedir que los extravíos de un sector dieran muerte a Manuel Rodríguez—, no lo ciegan cuando podría intentar defenderlos, apoyándose en el Ejército, que le es en su mayoría adicto, y provocar una guerra civil.

Su despedida desde Valparaíso, de donde sale tras muchos tropiezos y dificultades rumbo a Lima, es de clarividente nobleza. “Yo he pedido, yo he solicitado esta partida —advierte— que me es ahora tan sensible; pero así lo exigen las circunstancias que habéis presenciado y que yo he olvidado para siempre... Aquí os son inútiles mis servicios y os queda frente al gobierno quien pueda haceros venturosos”.

Ese alguien es su sucesor, el general Freire, a quien O’Higgins dirigirá en los mismos días, y desde Valparaíso, una carta en que le expresa sus mejores deseos de que realice el acertado gobierno que Chile necesita y todos anhelan. “No nos engañemos —le comenta— pues un error político de tal tamaño (caer en el caos de los caudillismos), en la época presente hubiera cerrado las puertas de la libertad a nuestra amada patria y hundido en la oscuridad trece años de gloria y de sacrificios: aun restan algunos más que prodigar. El árbitro de los destinos señala a usted para consumirlos”.

Conceptos análogos contiene su carta a San Martín del mismo año, en que insiste en la inutilidad de las instituciones cuando se tolera la labor de los revolucionarios y agitadores que las frustran. “Conservo sólo mi honor —subrayan sus dignas palabras— la memoria del bien que alcancé a hacer y no me agita pasión alguna. Antes de vencer a mis enemigos aprendí a vencerme a mí mismo... Mi corazón no es amasado para mecerse en la política insidiosa con que puede sostenerse aquel Estado enfermo de envidia, de partidos y de facciones. *Es inútil dar instituciones y garantías, porque los facciosos las desprecian y consuman. En mi poca o ninguna política y en mi inexperiencia, hallo que nuestros pueblos no serán felices sino obligándolos a serlo; mas esto pugna con mi genio y ya no me es dado tomar parte en lo que corresponde a otros más diestros*”. Palabras que traen a la memoria las que Portales escribe, en el entendido de que llegarán al Presidente

Joaquín Prieto, al verlo actuar con debilidad ante la conspiración de Barnechea: “El malo siempre y por siempre ha de ser malo: que el bien le enfada y no lo agradece, y que siempre se halla dispuesto a faltar y a clavar el cuchillo a su enemigo como su benefactor, por lo que se puede asegurar con certidumbre que el gran secreto para gobernar bien está sólo en saber distinguir al bueno del malo, para premiar al uno y dar garrote al otro”. Reflexión que sintetiza en este lema: “El peor mal que yo encuentro en no apalea al malo, es que los hombres se apuran poco por ser buenos, porque lo mismo sacan de serlo como de ser malos”.

Los acontecimientos, por desgracia, iban a dar la razón a O’Higgins en poco tiempo. Abdica en 1823, mientras el resto de América se debate en un caos de personalismos y de revoluciones que impiden crear la organización y el Estado que se necesita, máxime en una etapa que es preciso consolidar la independencia e impulsar el progreso de un país que no cuenta con el apoyo de la nación de la cual se ha emancipado y debe esperar de ella el máximo de hostilidades.

Chile pasó por esa etapa, de largos siete, que termina con la revolución de 1829 y el triunfo de Prieto en Lircay. La demagogia, el doctrinarismo vago y de imitación del liberalismo europeo, desarticulan al país y lo colocan al borde del caos absoluto.

O’Higgins ve desarrollarse los hechos desde Lima, siguiéndolos con patriótica angustia.

Ya en el año 1825 en sucesivas cartas a Simón Bolívar, le describe lo que acontece en Chile. “Chile, mi desgraciada patria —le explica—, es la única que en la época benéfica del Nuevo Mundo, bebe el cáliz amargo que le brindan la anarquía y las pasiones ominosas de las facciones y de la baja perfidia . . .” En otra misiva añade: “Aquel país, que no hace mucho se vio elevado a una República libre, feliz e independiente, está hoy enteramente arruinado y casi no le hallo remedio, si no se le aplica oportunamente uno tan eficaz que le salve del naufragio político con que puede infectar a sus vecinos . . .”

Los mismos conceptos le expresa en 1826 a San Martín, advirtiéndole que el país ha caído en el último grado de su humillación nacional, y le reiterará a Bolívar que la anarquía sigue creciendo.

Supóngase en O'Higgins toda la exageración que se quiera, aumentada por el estilo ampuloso y retórico de la época —no en vano heredera bajo muchos aspectos del Siglo XVIII y la Enciclopedia—, descuéntese lo que se calcule de afán de justificación y de olvido de sus propios desbordes, y siempre habrá un fuerte saldo de verdad. Chile había emergido como una República pero estaba cayendo en una verdadera Babel política y, lo que es peor, se hallaba a punto de disolverse en los caudillismos que asolaban a América.

Dentro de la modestia de su inteligencia —que era más seria que profunda—, O'Higgins coincidía con lo que, por su lado, comprobaba genialmente Portales y a lo cual iba a poner remedio. Chile estaba a raíz de desaparecer como organización política y lo único capaz de devolverle su dignidad y su unidad era el retorno a la autoridad, al orden impuesto desde la magistratura presidencial y los poderes dirigentes. Había que obligar a los chilenos a ser felices, según aseveraba O'Higgins y era indispensable premiar al bueno y castigar al malo, como señalaría en su peculiar estilo el genial Portales.

V

A los conceptos políticos anteriores, se añadía en O'Higgins una verdadera pasión de la igualdad, que resulta a primera vista difícil de conciliar con el autoritarismo que demuestra. Pero es que, en el fondo, pensaba que la autoridad era la columna vertebral del país, las leyes y las instituciones jurídicas sus vértebras y que, mientras todo este proceso de centralización civil y de edificación de un organismo capaz de mantenerse en pie y autodirigirse, no se realizara, la nación entera corría el peligro de desarticularse, perdiendo todo lo ganado.

Logrado esto, O'Higgins consideraba que venía la segunda etapa, para la cual había dado ya algunos pasos de anticipación. Desde luego, uno de ellos fue la abolición de los títulos de nobleza hereditarios. En 1817, en efecto, declara abolidos dichos títulos y los sustituye por la "Legión al Mérito", que premia servicios ganados por actos distinguidos de los ciudadanos. Se ha visto por más de alguno en esta eliminación, un resentimiento contra el recuerdo de su padre, que ostentaba un título, el de Marqués de Osorno, que el propio hijo había tratado de

conquistar y que ahora, en un rapto innecesario, suprimía de una plumada.

Desde luego, O'Higgins sentía verdadero aborrecimiento por la aristocracia, lo cual confiesa abiertamente en la carta dirigida a don Juan Florencia Terrada. "Detesto por naturaleza la aristocracia y la adorada igualdad es mi ídolo". El tono por sí solo indica un ex abrupto, porque la aristocracia, cuando se la examina en sus orígenes históricos, nació de lo mismo que O'Higgins quería distinguir con la Legión al Mérito, o sea, de la excelencia demostrada en algún acto extraordinario y digno por algún súbdito de los antiguos monarcas. Poseerlo no era ni una ofensa contra los demás ni un peligro contra la unidad nacional. En cambio, destacaba virtudes de los antepasados que, bien entendidas y aplicadas, comprometían a sus poseedores, por aquello tan sabido de que "nobleza obliga".

Es posible también, y un análisis histórico leal debe tomarlo en consideración, que el sentimiento anti-español que se había apoderado de quien había sufrido privaciones y humillaciones en España, luchado en forma sangrienta con las fuerzas enemigas, sin olvidar los atropellos inferidos en las ciudades ocupadas a sus habitantes, quisiera borrar todo vestigio capaz de recordar a España y al régimen monárquico y absolutista que ésta encarnaba.

Al lado de este caso excepcional, es indispensable recordar la importancia fundamental que dio a la educación, por estimar que ella robustecía la igualdad ciudadana y era fundamental para el incipiente país que aspiraba a desarrollar, prosperar y ser una nación grande en el propósito aunque pequeña en el territorio.

Con la dictación de la Constitución de 1818, entregó responsabilidades especiales al Senado en orden a la difusión y estímulo de la enseñanza, sin distinguir entre clases, castas o categorías sociales. "El actual estado de la civilización y de las luces —decía en la Convención de 1822— nos descubre la necesidad de adelantar, o por mejor decir, plantear de un modo efectivo y suficiente la educación e ilustración. Necesitamos formar hombres de estado, legisladores, economistas, jueces, negociadores, ingenieros, arquitectos, marinos, constructores hidráulicos, maquinistas, químicos, mineros, artistas, agricultores, comerciantes..." Por eso también hizo aplicar el sistema

Lancasteriano, que había visto funcionar en Inglaterra, y al que daba la responsabilidad de impartir “la instrucción de todas las clases, pero en especial de los pobres”.

Abierto a la comunicación con todos, tanto chilenos como extranjeros, y consciente de la escasez de población del país para la enorme tarea que se le venía encima, fue un convencido de la necesidad de la inmigración, y como buen descendiente de irlandeses, propició la traída de un fuerte grupo de esa nacionalidad, ofreciéndoles tierras, arrancándolos de la persecución inglesa que sufrían y obteniendo mano de obra barata para la agricultura y la experiencia que ya tenían los posibles inmigrantes. También se interesó por la venida de colonos suizos, ya que lo que en el hecho quería era poblar a Chile rápidamente e inyectar en la sangre criolla el empuje, las virtudes y la preparación de países europeos adelantados.

El mismo sentido social se manifiesta en el tratamiento que recibían los trabajadores de su hacienda, como lo comprueban numerosas cartas con instrucciones para ayudar a los que estaban necesitados y conceder una especie de jubilación o beneficio vitalicio a quienes lo habían servido.

No necesitamos ocuparnos de sus condiciones de estrategia y de su devoción inmensa por el Ejército, que con clara conciencia de la necesidad de defender a Chile lo llevó a crear, a través de la Escuadra Libertadora, lo que sería la futura y gloriosa Armada chilena. Pero sí debemos subrayar su preocupación por la solidaridad americana, que queda de manifiesto en el ingente esfuerzo hecho por la economía y el gobierno chilenos, con el objeto de financiar dicha Escuadra y dotar al hemisferio de elementos con los cuales propagar y consolidar la independencia conseguida.

VI

Se ha querido hacer aparecer a O'Higgins en una actitud simpatizante con la organización del país, ya liberado, en una especie de monarquía y hay quienes afirman que, al abrazar la independencia, rondaba por su pensamiento la eventualidad de sustituir a la monarquía española por un régimen criollo semejante. La idea de un restablecimiento monárquico cruzó, sin duda, por la mente de San Martín, de lo que hay

pruebas evidentes, como también la abrigó algún tiempo, desde Londres, el genial desterrado que era Bello. Pero el fenómeno se debió a que la independencia, acompañada de los caudillismos, la indisciplina y el desorden que crean todos los ambiciosos de poder personal, hizo temer por el fracaso del experimento republicano y la caída de los países recién liberados en manos de cualquier audaz que liquidara por mucho tiempo las posibilidades de autonomía.

Pero es de evidencia irrefutable que O'Higgins, si en algún instante admitió alguna duda sobre la estabilidad del régimen republicano, sufrió sólo de una pasajera crisis. El propio representante de Estados Unidos en Chile, W.G.D. Worthington, narra una conversación con O'Higgins, en la cual le plantea la cuestión del régimen de gobierno y la posibilidad de una monarquía. "Le pregunté escuetamente... ¿Pensáis tener alguna especie de Monarquía? Contestó sin vacilar que se proponían tener un sistema republicano federal". Estas expresiones las consigna Worthington en la carta que en 1819, apenas consumada la expulsión de las fuerzas españolas, dirige a Adams. Todo resto de duda desaparece ante la carta que O'Higgins envía al Juez J.B. Prevost, refutando la mera posibilidad de una inclinación monárquica. "Usted está convencido de mis sentimientos republicanos y puedo asegurarle que preferiría morir a manchar mi nombre con semejante claudicación de mi deber y mis principios".

La rectitud y la firmeza de O'Higgins, ante cualquier intromisión extranjera en la decisión del régimen de gobierno de Chile y sus futuros destinos, llegó hasta rechazar categórica y orgullosamente las sugerencias del americano Bland, Cónsul de su país entre nosotros, al insinuársele la adopción de una copia del sistema federal de Estados Unidos.

Hay una idea pre-portaliana en O'Higgins, sobre gobierno enérgico y autoritario, disciplina nacional, sentimiento de respeto y obediencia al poder constituido y convicción de que el peor error es dejar las decisiones fundamentales entregadas al pueblo. Esto lo confirma John Miers al referir sus conversaciones con O'Higgins, en las que se encuentra este párrafo: "Le hablé a veces del tiempo, probablemente lejano, en que podrían tener lugar mejoras efectivas, y entonces él se explayaba acerca del deseo de introducir entre el pueblo las artes y la

cultura y de mejorar la condición de las clases más pobres. En una ocasión, en un estallido de entusiasmo, dijo: "Si no quieren ser felices por su propio empeño, se los hará felices por la fuerza, ¡voto a Dios que han de ser felices!".

Tampoco se insistirá bastante en la convicción de que América ibera era una sola unidad y que, si bien debían tener gobiernos diferentes, era preciso que entre todos los países y sus dirigentes existiera la mayor cooperación y cada uno aportara a su prosperidad y al éxito de la experiencia, el esfuerzo necesario. En tal sentido fue un precursor de todos los movimientos de solidaridad que más tarde han surgido y siguen acentuándose, con las ligeras nubes que circunstancias transitorias siempre hacen aparecer en los cielos internacionales.

No tuvo la genialidad ni la astucia de Portales para manejar a los hombres, pero sus concepciones políticas coinciden en numerosos aspectos. Se estrelló contra incomprendiones inevitables en un período de transición tan delicado, desde luego por su desconocimiento de los hombres, su hermetismo de eterno solitario, su ingenua confianza en muchas personas que lo aconsejaron mal e incluso arrojaron sobre él la sombra de actos tan lamentables como el fusilamiento de Carrera y la muerte alevé de Manuel Rodríguez.

Pero fue siempre un gran republicano, un auténtico demócrata, un alma desinteresada y entregada totalmente a su patria, y cuya grandeza lo hizo escoger el destierro y desde allí seguir pensando en Chile y en su futuro. ¿No fueron, acaso, sus últimas palabras de moribundo, las que anticipaban a visoramente la importancia de nuestro extremo austral: "Magallanes, Magallanes?".